



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A UN GRUPO DE PEREGRINOS ITALIANOS DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SIENA

Sábado 15 de marzo de 1997

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Os doy la bienvenida a todos vosotros, que habéis venido aquí para devolverme la visita que tuve la alegría de realizar a Colle Val d'Elsa y Siena el 30 de marzo del año pasado. Os saludo con afecto y, en primer lugar, mi pensamiento deferente va a mis queridos hermanos en el episcopado, monseñor Gaetano Bonicelli y monseñor Alberto Giglioli, respectivamente pastores de las diócesis de Siena-Colle Val d'Elsa-Montalcino y de Montepulciano.

Saludo también a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas que realizan su apostolado entre vosotros y que hoy os han acompañado. En fin, dirijo mi saludo a todos vosotros que con vuestra visita renováis en mi espíritu las emociones que viví hace un año en vuestra tierra.

2. Nos hallamos reunidos hoy *en la proximidad de la fiesta de san José*, y esto me lleva a recordar el encuentro que tuve con los trabajadores de Colle Val d'Elsa y los problemas que abordé entonces. También en esta circunstancia quisiera confirmar la cercanía de la Iglesia al mundo del trabajo. Siguiendo el ejemplo de su fundador y Maestro, la Iglesia quiere estar presente entre los trabajadores, para ofrecerles el mensaje evangélico sobre el trabajo y sobre el lugar central que el hombre debe ocupar siempre en las relaciones económicas.

El recuerdo de Siena no puede menos de evocar la figura de la gran santa, y ahora también doctora de la Iglesia, que nació en vuestra tierra. *El mensaje de santa Catalina* sigue siendo valioso y estimulante. Los múltiples problemas que debió afrontar en su tiempo no se diferencian de los actuales. Con la fuerza y la libertad que le venían de su unión íntima con Dios, en tiempos turbulentos supo impulsar a pequeños y grandes a construir relaciones de justicia y paz en todos

los ámbitos de la vida. ¡Cómo no desear que el magisterio de santa Catalina —mujer que conjugó de forma ejemplar contemplación y acción— siga influyendo en la cultura y la vida de la nación italiana, de la que es patrona, y en particular de la ciudad y la provincia de Siena! Ojalá que el 650 aniversario de su nacimiento (25 de marzo de 1347), que se celebra precisamente durante estos días, reavive en los seneses y en los italianos la atención hacia el rico patrimonio de su enseñanza. ç

3. Cuando fui a Siena, el año pasado, quise clausurar idealmente el *Congreso eucarístico nacional*, que se había celebrado dos años antes. Me alegra saber que esa solemne celebración sigue siendo un punto de referencia para vuestras comunidades. En efecto, ¿qué puede unificar e impulsar más que el misterio eucarístico creído, amado y celebrado? *Eucaristía quiere decir amor que se entrega*: es la expresión máxima del amor de Cristo a nosotros y, al mismo tiempo, de nuestro amor a Cristo. En él fijamos nuestra mirada durante este primer año de preparación inmediata para el gran jubileo del año 2000. Es necesario dejar espacio a Jesús en nuestra vida personal y comunitaria. Vuestros padres han multiplicado tradiciones populares, fiestas, compañías y cofradías relacionadas con el culto eucarístico. Muchas de ellas no han agotado absolutamente su fuerza, y hay que animarlas, incluso mediante una actualización sabia y oportuna. En efecto, no basta conservar el pasado, por grandioso que sea; es necesario reavivarlo continuamente para transmitir íntegros sus valores a las nuevas generaciones.

En el frontispicio del ayuntamiento de Siena y de casi todas las casas de vuestra tierra destaca el monograma de Cristo, que el gran san Bernardino puso como signo de paz: *Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Salvador*. ¡Que no sea un vestigio arqueológico! Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre. Haced lugar a Cristo en vuestra vida personal y familiar, social y profesional. Su presencia es garantía de relaciones humanas más ricas y auténticas.

4. El aspecto más importante de vuestra peregrinación de hoy es, sin lugar a dudas, el que se dirige al futuro, al jubileo del año 2000. Desde hace más de mil años *la tierra de Siena está atravesada por las más clásicas vías de acceso a Roma: la Francigena*, que conectaba de diversos modos el norte de Europa con Roma, y *la Romea*, que desde el este europeo se fundía con la primera en Poggibonsi. A sus bordes se multiplicaron los lugares de oración, acogida y atención a los peregrinos: gloriosas abadías, posadas, refugios, castillos y obras colosales, como el hospital de Santa María della Scala, que surge en vuestra ciudad.

En él, verdadero testimonio de espíritu cristiano, de arte y humanidad, se encuentra el «*Pellegrinaio*», gran salón con frescos pintados por los artistas más célebres de la época, donde se acogía, se daba de comer y se atendía a los peregrinos como si fueran hermanos. En ese ambiente de solemne dignidad, santa Catalina y san Bernardino desarrollaron formas de voluntariado cristiano que, gracias a Dios, se conservan vivas aún hoy. Basta recordar con gratitud las «*Misericordias*», que en Toscana desempeñaron y siguen desempeñando un papel muy valioso, junto con instituciones similares, en el campo de la asistencia social y sanitaria.

5. Amadísimos hermanos, espero que la visita a la tumba de san Pedro y el encuentro con su Sucesor *confirmen vuestra fe*, vuestra identidad de bautizados en Cristo. Habiendo nacido a una vida nueva por el bautismo, sed *signos de esperanza* en una sociedad que, en muchos aspectos, está desorientada.

Os deseo que, a la luz de la Pascua ya cercana, realicéis una peregrinación llena de frutos, mientras os pido que transmitáis mi saludo también a cuantos no han podido participar en ella, de modo especial a los enfermos.

Con estos sentimientos, invoco sobre vosotros la protección de María santísima, y os imparto a todos de corazón una bendición apostólica especial.